

Genealogía de un vicio

Miguel Angel Campos

1.- Una mente capciosa del siglo XIV pudo preguntarse si las piedras podrían hablar. Si esa criatura, a la que llamamos **Ensayo**, sin más, en una pausa poco convincente, pudiera identificarse, seguramente maldeciría como un espíritu pecador convocado por gente piadosa. A la pregunta de, ¿quién eres?, respondería: soy la impunidad, un francotirador sin remordimientos. Hijo de la nada, engendra el desconcierto, y eventualmente el engaño; su origen casi taumatúrgico lo autoriza para existir indefinido donde todo es distinguible y referenciable, para medrar invisible en celosas moradas. Hablar desde las sombras es su hábito legítimo, instalado en un espacio indisputado, lo ubicuo jamás fue tan distante: voz que se cuela —fantasma desde la atalaya— en otros lenguajes a los que, displicente, confunde. Se desplaza anónimo, y dúctil parasita las formas comedidas; espora venida del espacio exterior, inficiona un mundo desprevenido, ejercitado y perfecto en su somnolienta taxonomía. ¿De dónde procede la perturbación? pero más útil aún, ¿por qué se la admite con

solemnidad? Si convenimos en señalar una Babel de los protocolos, en el primer caso, estaríamos dejando intacto el problema central, pues se trata menos de identificar una voz que de descubrir sus móviles: voz a la que sólo la intención guía y por lo único que se deja entrever, únicamente allí muestra claridad: hay un propósito, y en consecuencia una función. Origen y función son el mismo laberinto, y para iluminarlo se requiere averiguar no una necesidad de expresión, sino admitir la capacidad de revelación del pensamiento enmascarado. Nada hemos dicho, pero bueno es aceptar la extrañeza.

Siglo XVI y un nombre: Michel de Montaigne. Demasiado fulgurante, demasiados signos en el cielo, *deux exmachina* en un día sin urgencias, todo excesivamente sospechoso. Alguien o algo se esconde detrás de la invención. En el segundo caso, la solemnidad es siempre para aquello que se espera no libre de aprehensión, útil pero no aliado, su misma máscara favorece el desencuentro e igualmente los estragos en el coro. No hay un nuevo orden, lo lleno no puede ser llenado, una simetría plana sólo puede hacer espacio a lo que no existe, a lo que permanece invisible, en un acuerdo tácito de no enjuiciar la pertinencia de aquella simetría.

2.- Acordemos: El ensayo algo oculta. Surgido de la nada y para nada, su ruido permea y descompone; crece como una hierba invasora y devasta los cuadrados vecinos, arriba y abajo, el aire y el subsuelo. Sin embargo, no es la anarquía su presente; incluso fortalece otras expresiones, termina de establecer límites ajenos, colabora en la tarea de anclar definitivamente la identidad de la ficción. Pero, ¿acaso él no es ficción? ¿Tristram Shandy hubiera sido posible sin las incursiones de Montaigne? Tampoco vino a pontificar, hay demasiado descrecimiento en él; parece obvia su intención de estar

en el juego, simplemente. Sólo que un fuego esencialmente ajeno traspasa su naturaleza: su reino original es menos la cultura que el caos, la vastedad holística, y a ese instinto vuelve con frecuencia, la fidelidad que lo ata a la dispersión es la misma razón de su bastardía. Sin linaje, sin escudo de armas es fácil darse a la blasfemia, que es de donde provienen las supremas iluminaciones. La desfachatez algo ayuda. Nacimiento mágico, hemos dicho, extracción pagana es mejor.

3. Si la novela destila recelo, el ensayo supura sarcasmo, es decir, alejamiento. Si aquella es sensiblemente política, este es pura ideología, intencionalidad sofocante; sin embargo, pregona su agnosticismo hasta el agotamiento. Entonces, ¿eso lo hace moderno? De ser así, no es más que un sofisticado producto industrial, hijo de su era. Sus ambiciones, no obstante, permanecen en la tiniebla. La novela cercó sus propiedades y marcó sus enseres, el ganado en la dispersa hacienda: la casa, el poder, los hijos, el psicoanálisis, recelar de un mundo natural debía concluir así. Pero el ensayo se solaza en lo natural, lo natural como orden se le antoja magnífico, imperio inexpugnable donde la noción de transgresión ha sido expulsada. Recelo y sarcasmo. Cervantes: "Lo que veis son molinos... ". Montaigne: "Los mestizos son peligrosos porque tiene el alma dividida". Ya está. Parece suficiente evidencia tratándose de intenciones ocultas. La conciencia culpable, que además reivindica la culpa y la ventaja: la ubicuidad. Las piedras piensan, el ensayo (pensamiento) maldice el pensamiento.

4. Si no reconoce filiaciones y el desdén por los parentescos lo corroe, significa que el mundo mismo no es reconocido, se lo aparta impávido para hacerse espacio, su deseo solitario es la metástasis, cautivar, extender un dominio que a nadie alarma. Anular los signos de lo real, sustituir el dogma por lo

inapelable, el aleph del todo virtual. Suprema ambición, supremo vicio que muestra, lejos de todo rubor, su hambre de impunidad, sus exigencias de culto. Sería inútil preguntarse por un saber como *desideratum*, sabido es que toda sabiduría causa risa; como principio extiende, para quien desee verla, una alfombra de antivaloraciones. Intuición de la decadencia del arte, menos que eso, cuestionamiento de una gramática de la civilización, implícita en el decoro de sus monumentos, en la lógica de la música, de la teoría de la armonía. Si no se puede refutar esas construcciones, entonces se las ridiculiza. El yo se hace espacio y prescinde de lo dado, él es lo inarmónico por excelencia, y es ese yo obtuso lo que nutre el ensayo, lo que lo hace vivir en su inmensa orfandad. Todo le es ajeno, de allí su impunidad, su vocación de suicida. Su método está en la naturaleza, en ese escalonado donde no hay dos cosas iguales, asimetría voraz; pero se ha alejado de ella lo suficiente como para sentir nostalgia. Regresa a ella a través de lo menos natural que existe: el hombre. Es así como un naturalista, un clasificador, ha podido, previsiblemente, asomar una clave que ahoga. "El estilo es el hombre" (Buffon). Ese hombre, como lo recuerda Cioran, sólo lo define la irresponsabilidad. "No es bueno que el hombre piense a cada instante que es hombre". Cioran, filósofo: es para reirse. La filosofía permite el sueño, la blasfemia no. Cioran, ensayista, odia la filosofía porque ésta forja sentidos donde el absurdo truena. Para la filosofía el héroe es la vida moral, para la novela lo es aquello que el hombre segrega cuando empieza a amar el mundo. Para Cioran, ensayista, el héroe es el irresponsable, apátrida. ("Pero, donde está aquel hombre/ que en los días y las noches del destierro/ vagaba por el mundo como un perro/ y decía que nadie era su nombre". Borges).

Lautreamont, poeta. La risa estalla, pero súbita se aplaca, ya es demasiado. "La poesía de Lautreamont...",

comienzan las líneas aterradas, mintiendo, en un afán de ignorar el ser agazapado, el asesino suelto. **Los Cantos**, brutal capricho, inventario de deformidades, es un libro, o mejor, una planta cuyas raíces y espinas crecen en todas las orientaciones y se envuelven a sí mismas. Especímenes de la misma larva, soportan un camouflage que ellos mismos no se han dado. Sin embargo, algo habría que decir en torno al porqué de ese refugio solapado, no declarado, en una escritura molesta, llena de malentendidos. Porque si Lautreamont es el más formidable equívoco, ciertamente, sobran ejemplos, uno más: Mark Twain, **Cartas de la tierra**. La negrura de un pesimismo pleno y solar parece coincidir con la uniformidad que es un abismo, de una escritura sin fases, sin ritmos, monótona como un ulular.

5.- Ensayo o entelequia, la música de los violines endulzando los amaneceres del niño Montaigne, animó la duda. El oído pervertido ya no pudo sustraerse al ruido de voces que en la campiña diminutos insectos prestaban a las fieras.

